

EL SANADOR HERIDO

Henri J. M. Nouwen



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Las cuatro puertas abiertas	7
-----------------------------------	---

I. El ministerio en un mundo desestructurado	
La búsqueda del hombre de la era atómica	9

II. Un ministerio para una generación desarraigada	
Una mirada a los ojos del fugitivo	33

III. Ejercer el ministerio en favor del hombre sin esperanza	
A la espera del día de mañana	63

IV. El ministerio llevado a cabo por un ministro solitario	
El que cura desde sus propias heridas	97

CONCLUSIÓN

Un paso hacia adelante	117
------------------------------	-----

I

EL MINISTERIO EN UN MUNDO DESESTRUCTURADO

La búsqueda del hombre de la era atómica

Introducción

De vez en cuando, un hombre entra en tu vida. Por su apariencia, su conducta y sus palabras te hace vivir interiormente de forma dramática la condición del hombre moderno. Algo así fue Peter para mí. Vino a pedirme que le ayudara, pero al mismo tiempo me posibilitó una nueva comprensión de mi propio mundo. Peter tiene veintiséis años. Su cuerpo es frágil. Su cara, enmarcada por una larga cabellera rubia, es delgada, con la palidez característica del hombre que vive en la ciudad. Sus ojos son tiernos y emanan el anhelo de algo que le llena de melancolía. Sus labios son sensuales y su sonrisa evoca una atmósfera de intimidad. Cuando saluda con un apretón de manos, rompe con todo convencionalismo y afirma su presencia corporal. Cuando habla, su voz tiene tonalidades que obligan a escucharle con atención.

A medida que hablamos, vemos claramente que Peter siente cómo muchas de las líneas maestras que estructuran su vida son cada vez más vagas. Parece que ha perdido el control sobre su propia existencia, una existencia determinada por muchos factores, unos conocidos y otros misteriosos, del medio que le rodea. La distinción clara entre él y su medio ha desaparecido, y percibe claramente que sus ideas y sentimientos no son realmente suyos. Los nota como impuestos. A veces se pregunta «qué es lo real y qué es fruto de la fantasía». A menudo tiene la extraña sensación de que entran en su cabeza pequeños demonios y crean una confusión de ansiedad y dolor. Tampoco sabe en quién confiar y en quién no, y qué hacer o no, por qué decir sí a uno y a otro no. La

mayoría de las distinciones entre lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, están perdiendo sentido para él. Incluso ante las sugerencias más extrañas se dice a sí mismo: «¿Por qué no? ¿Por qué no intentar algo que nunca he probado? ¿Por qué no tener una nueva experiencia, buena o mala?».

En la ausencia de unos límites claros entre él y su medio, entre la fantasía y la realidad, entre qué hacer y qué no hacer, Peter parece haberse convertido en un prisionero del ahora, cogido en el presente al estar desconectado del pasado y del futuro. Cuando llega a su casa, siente que entra en un mundo que le es extraño. Las palabras que emplean sus padres le suenan como si procedieran de otro mundo, como si hablaran otro lenguaje y tuvieran un talante muy distinto. Cuando mira al futuro, lo ve todo como una nube oscura, impenetrable. No encuentra respuestas a las preguntas de por qué vive y hacia dónde va. Peter no hace nada por conseguir aquello que desea con toda el alma. Tampoco espera que vaya a suceder algo grande o importante. Mira al vacío y está seguro solamente de una cosa: si hay algo que vale la pena en la vida, debe darse aquí y ahora.

No pinto este retrato de Peter para mostraros a un hombre enfermo que necesite la ayuda de algún psiquiatra. No, pienso que la situación de Peter es, en muchos aspectos, algo típico de la condición de los hombres y mujeres de hoy. Quizá Peter necesite ayuda, pero sus experiencias y sentimientos no pueden ser entendidos en términos de psicopatología individual. Son parte del contexto histórico en el que todos vivimos, que también comprobamos en las experiencias de nuestra propia vida. Lo que vemos en Peter es una penosa expresión de la situación de lo que llamo «el hombre de la era atómica».

En este capítulo me gustaría llegar a una comprensión más profunda de la angustia que experimentan muchos hombres y mujeres, algo parecido a lo que le sucede a Peter. Y espero descubrir en medio de nuestra realidad presente nuevas vías de liberación y libertad.

Dividiré este capítulo en dos partes: la difícil situación del hombre de la era atómica y el camino hacia su liberación.

A) LA DIFÍCIL SITUACIÓN DEL HOMBRE DE LA ERA ATÓMICA

El hombre de la era atómica ha perdido la fe ingenua en las posibilidades de la técnica y es consciente de que los mismos poderes que dan al hombre la posibilidad de crear nuevos estilos de vida también conllevan la posibilidad de la autodestrucción.

Os voy a contar un antiguo cuento de la India, que puede ayudaros a captar la situación del hombre de la era atómica.

Cuatro jóvenes, príncipes y hermanos, se preguntaban en qué especialidad debían llegar a ser maestros. Se dijeron: «Reçorramos la tierra y aprendamos una ciencia especial». Decidieron hacerlo así y cuando se pusieron de acuerdo sobre el sitio en el que volverían a encontrarse de nuevo, los cuatro hermanos se pusieron en camino, cada uno en diferente dirección.

Pasó el tiempo, los hermanos se encontraron de nuevo en el sitio señalado y se preguntaron unos a otros qué habían aprendido. «Yo he llegado a ser un maestro de la ciencia», dijo el primero, «que me hace capaz, aunque no tenga más que un trocito de hueso de una criatura, de crear inmediatamente la carne que debe revestir ese hue-

so». «Yo», dijo el segundo, «conozco cómo hacer que esa criatura quede recubierta por piel y pelo, si hay carne en sus huesos». El tercero dijo: «Yo soy capaz de crear sus miembros si tengo la carne, la piel y el pelo». «Y yo», terminó de hablar el cuarto, «sé cómo dar vida a esa criatura si está perfectamente configurada».

Luego, los cuatro hermanos se fueron a la jungla a encontrar un trozo de hueso, para poder probar la ciencia particular que habían aprendido. Pero la mala suerte hizo que encontraran el hueso de un león, cosa que ellos no sabían. Recogieron el hueso. Uno le puso la carne, el segundo le hizo crecer la piel y el pelo, el tercero consiguió crear para él unos miembros que le ajustaban perfectamente y el cuarto le dio la vida. Sacudiendo su impresionante melena, la bestia feroz se levantó, abrió la boca con un aire que les heló la sangre, enseñó sus dientes afilados, sus garras inmisericordes y saltó sobre los que la habían creado. Los mató, perdiéndose a continuación, satisfecha su hambre, en la jungla ¹.

El hombre de la era atómica se da cuenta de que sus poderes creativos conllevan la posibilidad de la autodestrucción. Observa que complejos industriales enormes dan al hombre la posibilidad de conseguir en una hora lo que en el pasado le costó años de trabajo. Pero también es consciente de que estas mismas industrias han roto el equilibrio ecológico y que, a través de la polución atmosférica y del ruido, han contaminado su propio ambiente. Conduce coches, escucha la radio y ve la televisión, pero no tiene capacidad de entender cómo operan, en el fondo, los instrumentos que emplea para su trabajo.

¹ De *Tales of Ancient India*, traducido del sánscrito por J.A.B. van Buitenen, New York, Bantam Books, 1961, pp. 50-51.

Ve tal abundancia de comodidades materiales alrededor de él que ya apenas le producen interés, asombro alguno en su vida. Pero al mismo tiempo, anda a tientas buscando un camino y preguntándose el porqué y el para qué de todo. Y sufre al hacérsele evidente que le ha tocado vivir un tiempo capaz de destruir no sólo la vida, sino la posibilidad de que ésta pueda volver a nacer; no solamente al hombre, sino la raza humana; no sólo un determinado período de tiempo, sino la historia misma. Para el hombre de la era atómica el futuro se ha convertido en una opción.

El hombre anterior a la era atómica podía ser consciente de la paradoja real de un mundo en el que la vida y la muerte se tocan la una a la otra de una manera morbosa, y en la que se encontraba a sí mismo pendiente de un hilo, que podía romperse fácilmente. Había sabido adaptar su conocimiento a un pensamiento previo y optimista sobre la vida. Pero, en el caso del hombre de la era atómica, este nuevo conocimiento no puede adaptarse a esa antigua visión, no puede canalizarse en instituciones tradicionales. Más bien, su pensamiento rompe de forma radical y definitiva todos los esquemas y cuadros existentes, punto de referencia necesario de toda vida humana. Para él, el problema no es que el futuro traiga consigo un nuevo peligro, como por ejemplo una guerra nuclear, sino que quizás no haya futuro alguno.

No es que los jóvenes pertenezcan necesariamente a la edad atómica y los ancianos a la preatómica. La diferencia no está en la edad, sino en la conciencia y en el estilo de vida, correlativo a ese estilo. El historiador y psicoanalista Robert Jay Lifton nos ha ofrecido algunos conceptos excelentes para comprender en profundidad la

naturaleza de los dilemas del hombre de la era atómica. En palabras de Lifton, el hombre de la era atómica puede caracterizarse por (1) una ruptura con la historia, (2) una ideología fragmentada y (3) la búsqueda de la inmortalidad. Pienso que resultará esclarecedor el análisis de la vida de Peter a la luz de estos conceptos.

La ruptura con la historia

Cuando el padre de Peter le pregunta cuándo va a acabar sus estudios, y si ha encontrado una buena chica con la que casarse; y cuando su madre, con mucho tacto, se atreve a insinuarle algo sobre la confesión, la comunión y sus antiguos compañeros de la comunidad católica, los dos, él y ella, suponen que las expectativas de Peter de cara al futuro son esencialmente las mismas que ellos tuvieron. Pero cuando Peter reflexiona sobre su propia existencia, lo hace más desde la perspectiva de uno de los últimos «que hacen la experiencia de vivir», que desde la de un pionero que trabaja para el futuro. Por eso, los símbolos usados por sus padres han dejado de tener para él el poder unificador e integrador que tuvieron para las personas con una mentalidad de una etapa anterior a la era atómica. Llamamos a esta experiencia de Peter una «ruptura con la historia». Ruptura en el sentido de desconexión con todo aquello que los hombres han sentido y vivido durante mucho tiempo como símbolos vitales y nutrientes de su tradición cultural. Símbolos que se daban en torno al concepto de familia, sistema de ideas, religión y ciclo vital en general². ¿Por qué un hom-

² Lifton, *History and Human Survival*, New York: Random House, 1970, p. 318.

bre tiene que casarse y traer hijos al mundo, por qué tiene que estudiar y hacer una carrera? ¿Y por qué tiene que inventar nuevas técnicas, cuando duda de que se vaya a dar un día de mañana que pueda garantizar el valor del esfuerzo humano del momento presente?

Es crucial para el hombre de la era atómica la falta de sentido de continuidad, tan vital para una vida creativa. Se encuentra a sí mismo formando parte de la no-historia en la que solamente el momento presente del aquí y el ahora tienen valor. Para el hombre de la era atómica la vida se convierte fácilmente en un arco cuya cuerda está rota y del que no puede volar una sola flecha. En este estado de ruptura se siente paralizado. Sus reacciones no son ya de ansiedad o de gozo, realidades que formaron parte fundamental del hombre existencial, sino de apatía y de aburrimiento. Sólo cuando el hombre se siente responsable del futuro, puede tener la experiencia vital de la esperanza o de la desesperación. Pero cuando piensa que es una víctima pasiva de una tecnología burocrática extremadamente compleja, su motivación se viene abajo y empieza a dejarse arrastrar de un momento al otro, haciendo de su vida una larga cadena de hechos y accidentes fortuitos.

Cuando nos preguntamos por qué el lenguaje de la cristiandad tradicional ha perdido su poder liberador para el hombre de la era atómica, debemos darnos cuenta de que la mayor parte de la predicación sigue basándose en la presunción de que el hombre se ve a sí mismo como perfecta y racionalmente integrado en una historia en la que Dios vino a nosotros en el pasado, sigue viviendo con nosotros en el presente y vendrá a liberarnos en el futuro. Pero cuando la conciencia histórica del hombre se ha roto, todo el mensaje cristiano parece como

una lectura sobre los grandes pioneros, hecha para un niño que está viviendo un viaje lleno de amarguras.

Una ideología fragmentada

Uno de los aspectos más sorprendentes en la vida de Peter es la velocidad con que cambia su sistema de valores. Durante muchos años fue un seminarista muy estricto y ejemplarmente obediente. Iba a misa todos los días, tomaba parte en las muchas horas de oración de la comunidad, era activo en el grupo de liturgia y estudiaba con gran interés y hasta con entusiasmo las abundantes materias teológicas de su curso. Pero cuando decidió abandonar el seminario y estudiar en una universidad civil, le bastaron unos pocos meses para sacudirse de encima su antiguo estilo de vida. Rápidamente dejó de ir a misa, incluso los domingos, se pasaba las noches bebiendo y jugando con otros estudiantes, vivía con una amiga, escogió un programa de estudios absolutamente alejado de sus intereses teológicos y hablaba pocas veces de Dios o de religión.

Todo eso es tanto más sorprendente cuanto que Peter no mostraba absolutamente ninguna amargura hacia su antiguo seminario. Incluso visitaba con regularidad a sus amigos que seguían allí y guardaba una memoria agradecida de sus años de vida como hombre religioso. Pero la idea de que haber pasado de un estilo de vida a otro contrapuesto, como lo estaba haciendo él, apenas le afectara, daba a entender que era un inmaduro. Las dos experiencias eran válidas y tenían su lado bueno y su lado malo. ¿Por qué la vida tenía que ser vivida sólo con una perspectiva, bajo la guía de una sola idea, con un inmutable marco de referencia?

Peter no se lamentaba de sus días de seminario y tampoco trataba de glorificar su situación presente. Mañana podría ser otra vez diferente de nuevo. ¿Quién podía decir que no? Todo depende de las personas con las que te encuentras, de las experiencias que tienes y de las ideas y deseos que tienen sentido para ti en un momento determinado.

El hombre de la era atómica, como Peter, no vive sujeto a una ideología. Ha pasado de unas formas fijas, fruto de una ideología, a unos fragmentos ideológicos en mutación constante³. Uno de los fenómenos más visibles de nuestro tiempo es la tremenda exposición del hombre a ideas divergentes, que a menudo contrastan las unas con las otras, lo mismo que pasa con las tradiciones, convicciones religiosas y estilos de vida. Debido a los medios de comunicación, se ve enfrentado a las experiencias humanas más paradójicas. Es testigo emocionado, muy interesado, de los intentos más sofisticados y costosos para salvar la vida de un hombre por medio de un trasplante de corazón. Pero también de la impotencia de ayudar a un mundo en el que miles de personas mueren de hambre por falta de alimentos. Se puede entusiasmar ante la capacidad del hombre para viajar a otro planeta a velocidades increíbles y hundirse psicológicamente ante la impotencia desesperada de terminar una guerra sin sentido en este mismo planeta. Puede verse envuelto en discusiones de altura sobre los derechos humanos o la moral cristiana a la vez que sobre la existencia de las cámaras de tortura en Brasil, Grecia y Vietnam. Al entusiasmo ante la posibilidad de construir pantanos, cambiar el curso de los ríos y crear nuevas tierras fértiles,

³ Lifton, *Boundaries*, New York: Random House, 1970, p. 98.

se opone la tremenda realidad de los terremotos, inundaciones y tornados que pueden arruinar en una hora más de lo que el hombre es capaz de construir en una generación. Un hombre, que día a día tiene que vivir ese mundo antitético, darle sentido, no puede engañarse a sí mismo con una idea, un concepto o un sistema de pensamiento capaz de unificar esas imágenes de terrible contraste en una forma sistemática, lógica, segura de ver la vida.

«El flujo extraordinario de influencias de la cultura posmoderna»⁴, le exige, al hombre de la era atómica, una creciente flexibilidad, un deseo de permanecer abierto a todo y de vivir con los pequeños fragmentos que en un momento dado parecen ofrecerle la mejor respuesta a una situación dada. Paradójicamente, eso puede llevarle en algunos momentos a una inmensa alegría y exaltación vitalista, en los que el hombre se sumerge a sí mismo totalmente en las impresiones recibidas como ráfagas instantáneas y fugaces que le llegan de cuanto le rodea.

El hombre de la era atómica no cree ya en nada válido y verdadero para siempre. Vive al día y crea su vida en cada momento. Su arte es el arte del *collage*, un arte que, aunque sea fruto de la combinación de piezas totalmente diversas, es una pobre, corta impresión de cómo se siente el hombre en este momento. Su música es una improvisación que combina temas de varios compositores y la convierte en algo tan fresco como momentáneo. Su vida, a menudo, parece como una juguetona expresión de sentimientos e ideas que necesitan ser comunicadas y recibir respuesta, pero que no intentan obligar a nadie a darla.

⁴ Lifton, *History and Human Survival*, p. 318.

Esta ideología fragmentada impide que el hombre de la era atómica se convierta en un fanático, dispuesto a morir o a matar por una idea. Busca en primer lugar experiencias que le den el sentido de los valores y contravalores. Por eso, es muy tolerante ya que no mira al hombre que piensa de forma distinta que él como una amenaza, sino más bien como una oportunidad para descubrir nuevas ideas y probar las suyas. Puede escuchar con gran atención a un rabino, a un ministro, a un sacerdote, sin pensar aceptar ningún sistema de pensamiento, sino con el deseo sincero de profundizar su propia comprensión de lo que experimenta como parcial o fragmentario.

Cuando el hombre de la era atómica se siente incapaz de relacionarse con el mensaje cristiano, podríamos preguntar si eso no se debe al hecho de que, para muchas personas, la cristiandad se ha convertido en una ideología. Jesús, el judío ejecutado por los líderes de su tiempo, es muy a menudo transformado en un héroe cultural que refuerza los puntos de vista más divergentes y a menudo incluso destructivos. Cuando la cristiandad es reducida a una ideología que lo amalgama todo, el hombre de la era atómica se halla inclinado a convertirse en un escéptico sobre la relevancia de ese cristianismo como experiencia vital digna de ser vivida.

La búsqueda de una nueva inmortalidad

¿Por qué Peter vino en busca de ayuda? Ni él mismo sabía siquiera qué es lo que buscaba, pero tenía un sentimiento de confusión que se había apoderado de todo su ser. Había perdido unidad y dirección en su vida. Ha-

bía perdido las líneas maestras que marcan los límites de uno mismo y de lo que le rodea, que podía mantenerle en un sentido de unidad, y se veía como prisionero del presente, yendo de derecha a izquierda, incapaz de decidirse por una orientación definitiva. Seguía estudiando por una especie de obediencia rutinaria para proporcionarse la sensación de que tenía algo que hacer. Pero pasaba la mayor parte del tiempo de los largos fines de semana y muchas vacaciones durmiendo, haciendo el amor o sentado sin hacer nada con sus amigos, tranquilamente distraído por la música y por las imágenes flotantes de su fantasía.

Nada parecía urgente ni suficientemente importante para comprometerse con ello. Ni proyectos, ni planes, ni finalidades entusiasmantes para trabajar por ellas, ni misiones que obligaran a tener que cumplirlas. Peter no se sentía destrozado por el conflicto, ni deprimido, ni llevado a la ansiedad o al suicidio. No sufría de desesperanza, pero tampoco tenía nada en que esperar. Esa parálisis le hizo sentirse intranquilo por su situación personal. Había descubierto que hasta la satisfacción de su deseo de abrazar, de besar y de conseguir un acto de amor rendido, no le había creado la libertad para moverse hacia nuevos espacios de libertad. Empezó a preguntarse si el amor es realmente suficiente para guardar a un hombre vivo en este mundo, y si, para ser creativo, el hombre no necesita encontrar un camino para trascender las limitaciones del ser humano.

Quizá podamos encontrar en la historia de la vida de Peter hechos o experiencias que den algo de luz a su apatía, pero parece perfectamente válido ver la apatía de Peter como un paradigma de la parálisis del hombre de la era atómica, que ha perdido la fuente de su creatividad,

que es lo que le hace sentirse inmortal. Cuando un hombre ya no es capaz de mirar más allá de su propia muerte y relacionarse a sí mismo con lo que perdura más allá del tiempo y del espacio de su vida, pierde su deseo de crear y pierde la alegría vital del ser humano. Por eso, yo quiero ver el problema de Peter como el del hombre de la era atómica que está a la búsqueda de nuevas maneras de inmortalidad.

Robert Lifton ve como el problema central del hombre de la era atómica la falta de este sentido de inmortalidad, que «representa una urgencia impulsora, universal, de mantener un sentido interior de continuidad en el tiempo y en el espacio, apoyándose en la aventura de vivir los distintos elementos de la vida». Es la «forma del hombre de experimentar su conexión con toda la historia humana»⁵. Pero, para el prototipo de hombre de la era atómica, los modelos de inmortalidad han perdido sus poderes de conexión. A menudo dice: «No quiero traer niños a este mundo que se autodestruye». Eso significa que el deseo de continuar la vida en sus hijos se ha extinguido frente al posible final de la historia. ¿Y para qué vivir del trabajo de sus manos si un estallido atómico puede reducir a cenizas en un segundo todo lo que ha hecho? ¿Puede quizá una inmortalidad animista hacer posible que el hombre viva en la naturaleza? ¿Y cómo voy a creer en un después, como respuesta a la búsqueda de la inmortalidad, cuando difícilmente hay fe alguna en el «aquí»? Una vida después de la muerte sólo puede verse en términos de la vida antes de ella, y nadie puede soñar en una nueva tierra cuando la tierra antigua no ofrece promesa alguna.

⁵ Lifton, *Boundaries*, p. 22.

Ninguna forma de inmortalidad, ni la inmortalidad a través de los hijos, ni de los trabajos, ni de la naturaleza, ni la que se nos ofrece en el cielo, es capaz de ayudar al hombre de la era atómica a proyectarse a sí mismo más allá de los límites de su existencia.

Por eso no hay que sorprenderse de que el hombre de la era atómica no pueda encontrar una expresión adecuada de su experiencia en símbolos como el infierno, el purgatorio, el cielo, un más allá, la resurrección, el paraíso y el reino de Dios.

Una predicación y una enseñanza basadas todavía en la presunción de que el hombre está en camino hacia la nueva tierra cargada de promesas y en que sus actividades creativas en este mundo son los primeros signos de lo que verá en el más allá, no puede tener eco en un hombre cuya mente se alimenta de las posibilidades suicidas de su propio mundo.

Esto nos lleva al final de nuestra descripción del hombre de la era atómica. Peter fue nuestro modelo. Hemos visto su ruptura con la historia, su ideología fragmentada y su búsqueda de un nuevo modelo de inmortalidad. Evidentemente, el nivel de reconocimiento y la visión es diferente en cada persona, pero espero que seáis capaces de reconocer en vuestras propias experiencias y en las de vuestros amigos algunos de los rasgos que se nos han hecho tan visibles en el estilo de vida de Peter. Y su descubrimiento puede también ayudaros a daros cuenta de que la edad moderna es también un reto que nos invita a preguntarnos cómo sus suposiciones inarticuladas pueden todavía formar las bases de sus pretensiones de redención.

B) EL CAMINO HACIA LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE DE LA ERA ATÓMICA

Cuando reconoces entre tus compañeros, amigos o familia, e incluso en tus propias reflexiones sobre ti mismo, a un hombre de la era atómica, te preguntas si no hay algún camino de liberación para este nuevo tipo de persona. Más importante que plantearse unas preguntas excesivamente espontáneas, no contrastadas por ningún tipo de técnica, que tienden a crear más irritación que descanso psicológico, debemos ser capaces de descubrir, en medio de la presente situación de marasmo, nuevas vías que nos orienten en direcciones esperanzadas.

Cuando miramos a nuestro alrededor, vemos a hombres paralizados por la ruptura y la fragmentación, atrapados en la prisión de su propia condición de seres mortales. Pero también somos testigos de experiencias gozosas de vida, por las que el hombre intenta liberarse a sí mismo de las cadenas de sus propios problemas y experimentar la fuente de una nueva creatividad.

Mi compromiso personal con las angustias y penas del hombre de la era atómica me hace sospechar que hay dos formas principales por medio de las cuales intenta romper el capullo de seda que lo encierra y volar. Estas dos formas son, la una mística y la otra revolucionaria. Las dos pueden ser consideradas modos de «experimentar la trascendencia»⁶, y las dos parecen abrir nuevas perspectivas y sugerir nuevos estilos de vida. Voy a describir estas dos formas y luego voy a mostrar cómo se hallan relacionadas entre sí.

⁶ Lifton, *History and Human Survival*, p. 330.

La vía mística

La vía mística es la de la interiorización. El hombre intenta encontrar en esta vida interior una conexión con la «realidad de lo no visto», «la fuente del ser», «el punto del silencio». En ese núcleo el hombre descubre que lo más importante es lo universal⁷. Más allá de las capas superficiales de idiosincrasias, diferencias psicológicas y tipologías caracterológicas, encuentra el centro a partir del cual puede abrazar a todos los seres a la vez y experimentar una conexión plena de sentido con todo lo que existe. Muchas personas que han vivido peligrosos viajes a base del LSD y vuelven sanos y salvos de la experiencia, han hablado sobre las sensaciones durante las cuales rompen temporalmente su alienación, se sienten vinculados a un poder misterioso que une a los hombres. Incluso experimentan la visión interior liberadora de lo que está más allá de la muerte. El número creciente de casas de oración, de meditación, de contemplación y los numerosos centros nuevos de Zen y de Yoga son un signo claro de que el hombre de la era atómica intenta alcanzar el momento, el punto o el centro, en el que la distinción entre la vida y la muerte puede ser trascendida y en el que es posible una profunda conexión con toda la naturaleza, lo mismo que con toda la historia. De cualquier forma que intentemos definir este modo de «experimentar la trascendencia», parece que en todas ellas el hombre intenta trascender el ambiente mundano que lo rodea, y ascender todos los niveles posibles, lejos de las irrealidades de su existencia diaria, hacia una visión más global que le permita experimentar la auténtica realidad.

⁷ Cfr. Rogers, *On Becoming a Person*, Houghton Mifflin, 1961, p. 26.

En esta experiencia puede liberarse de su apatía y alcanzar las corrientes profundas de la vida en la que participa. Allí siente que pertenece a una historia de la que no conoce ni el principio ni el final pero en la que tiene un sitio único. Por medio de esta distancia creativa que le aparta de las cosas irreales de sus propias ambiciones y urgencias, el hombre de la era atómica rompe el círculo vicioso de la profecía que se está sirviendo a sí mismo intelectualmente y que es una fuente de sufrimiento, fruto de sus tétricas predicciones. Ahí se pone en contacto con el centro de su propia creatividad y encuentra la fuerza para rechazar convertirse en víctima pasiva de su propia futurología. Deja de verse a sí mismo como un individuo aislado, atrapado en la cadena diabólica de causa y efecto, para verse más bien como un hombre capaz de trascender los límites de sus propios problemas y llegar mucho más allá de las preocupaciones que le centran sobre sí mismo. Palpa el lugar donde todas las personas le son reveladas como iguales y donde la compasión se convierte en una posibilidad humana. Llega a la fuerte y al mismo tiempo, evidente percepción en sí misma de que la oración, no es un elemento piadoso, meramente decorativo, en su vida, sino la respiración de la existencia humana.

El camino de la revolución

Pero hay un segundo camino que se hace presente en el mundo del hombre de la era atómica. Es el camino revolucionario para trascender nuestros problemas personales. El hombre se hace consciente de que la elección ya no es entre su mundo o un mundo mejor, sino entre

la desaparición del mundo o un mundo nuevo. Es el camino del hombre que dice: la revolución es mejor que el suicidio. Este hombre está profundamente convencido de que nuestro mundo avanza hacia el borde del precipicio, que Auschwitz, Hiroshima, Argelia, Biafra, May Lai, Attica, Bangladesh e Irlanda del Norte son solamente unos pocos nombres de los muchos que demuestran cómo el hombre se mata a sí mismo con sus absurdos inventos tecnológicos. Para él, ni la adaptación, ni ordenar algunas situaciones o añadir algo a las mismas sirve para nada en este momento de la historia. Para él, los liberales y los progresistas están engañándose a sí mismos intentando hacer que una situación intolerable se haga más tolerable. Está cansado de podar los árboles, de cortar algunas ramas. Quiere arrancar de cuajo las raíces de una sociedad enferma. Ya ha dejado de creer que las conversaciones que intentan la integración, las medidas contra la polución y los ruidos, los voluntarios de la paz, los programas contra la pobreza y la legislación sobre los derechos civiles salvarán al mundo dominado por la extorsión, la opresión y la explotación. Sólo la convulsión total y radical del orden existente, al mismo tiempo que un drástico cambio de dirección, puede prevenir el final de todo. Pero mientras apunta a una revolución, en realidad no se siente motivado por el deseo de liberar al oprimido, por aliviar la situación del pobre y acabar con la guerra. En tiempos pasados, el hombre apenas se sentía impulsado a la revuelta. Pero el revolucionario de nuestro tiempo ve la urgente e inmediata necesidad de sus hermanos que sufren como una parte de una escena apocalíptica mucho más amplia, en la que la supervivencia de la humanidad como tal está en peligro. Su meta no es llegar a un hombre mejor, sino a un hombre nuevo,

un hombre que se oriente hacia el mundo y hacia sí mismo de una manera que todavía no ha sido explorada, pero que está dentro de sus posibilidades escondidas. La vida de este hombre no está gobernada por la manipulación sino que está regida por el amor y apoyada por nuevos medios de comunicación interpersonal. Este hombre nuevo no se desarrolla a partir de un proceso evolutivo. Quizá ya es demasiado tarde. Es posible que las tendencias suicidas, nacidas del creciente desequilibrio en la cultura, lo mismo que en la naturaleza, hayan alcanzado el punto sin retorno. El revolucionario cree que la situación no es irreversible y que la total reorientación de la humanidad es tan posible como su total destrucción. No piensa que su meta va a ser alcanzada en pocos años o incluso en pocas generaciones, pero basa su empeño en la convicción de que es mejor dar la vida que arrancarla a otros violentamente, y que el valor de sus acciones no depende de los resultados inmediatos. Vive de la visión de un mundo nuevo y rechaza el hecho de que las ambiciones mundanas del momento le aparten del camino. Trasciende su condición presente y se mueve, desde el campo de un fatalismo pasivo, a un activismo radical.

La vía cristiana

¿Existe una tercera vía, la cristiana? Es mi convicción creciente: en Jesús las vías mística y revolucionaria no son opuestas sino dos formas claras por medio de las cuales el hombre puede experimentar la trascendencia. Estoy cada vez más convencido de que la conversión es el equivalente individual de la revolución. Por tanto, todo

auténtico revolucionario se encuentra con el reto de ser un místico de corazón. Y el que avanza por las vías de la mística está llamado a desenmascarar lo ilusoria, lo vacía que es en el fondo la sociedad humana. Misticismo y revolución son dos aspectos del mismo empeño de intentar un cambio radical. No hay místico que pueda librarse de convertirse en un crítico social, porque en la autorreflexión descubrirá las raíces de la enfermedad social. De manera semejante, ningún revolucionario podrá eludir enfrentarse a su propia condición humana, ya que en medio de la lucha por un mundo nuevo, encontrará que también está luchando contra sus propios miedos reaccionarios y sus falsas ambiciones.

El místico, lo mismo que el revolucionario, tiene que cortar todos los amarres con las necesidades que le hacen sentirse seguro de sí mismo, gozando de una existencia protegida, y enfrentarse sin miedo a la miserable condición de sí mismo y del mundo. No es ciertamente sorprendente que los grandes líderes revolucionarios y los grandes contemplativos de nuestro tiempo se encuentren unidos por la preocupación común de librar de su parálisis al mundo de la era atómica. Sus personalidades pueden ser muy diferentes, pero muestran la misma visión, que lleva a un criticismo radical de sí mismos, y aplican ese mismo criticismo al activismo. Esta visión es capaz de restaurar la «conexión rota» (Lifton) con el pasado y el futuro, de dar unidad a una ideología fragmentada y de ir más allá de los límites de la realidad mortal de ellos mismos. Esta visión puede ofrecer una distancia creativa de nosotros mismos y de nuestro mundo, y ayudarnos a trascender los muros que nos encierran en él y causan miles de problemas.

Para el místico, lo mismo que para el revolucionario, la

vida significa atravesar el velo que cubre nuestra existencia humana y seguir la visión que se nos ha hecho patente. Cualquiera que sea la manera como llamemos a esta visión —«Lo sagrado», «El Númeno», «El Espíritu» o «El Padre»—, seguimos creyendo que la conversión, lo mismo que la revolución, extraen su poder de la fuente que está más allá de las limitaciones de nuestra condición de criaturas.

Para un cristiano, Jesús es el hombre en el que se ha puesto de manifiesto que la revolución y la conversión no pueden separarse en la búsqueda del hombre de la trascendencia experiencial. Su aparición en medio de nosotros nos ha clarificado que cambiar el corazón humano y cambiar la sociedad no son tareas separadas sino que están interconectadas, como los dos maderos de una cruz.

Jesús fue un revolucionario que no se convirtió en extremista, ya que no ofrecía una ideología sino a sí mismo. También fue un místico que no se sirvió de su íntima relación con Dios para evitar los males sociales de su tiempo, sino que chocó con su medio hasta el punto de ser ejecutado por rebelde. En este sentido también, sigue siendo para el hombre de la era atómica el camino de la liberación, de la libertad.

CONCLUSIÓN

Hemos visto los problemas del hombre de la era atómica, su ruptura con la historia, su fragmentación ideológica y la búsqueda de la inmortalidad. Hemos descubierto la vía mística, lo mismo que la revolucionaria, por medio de las cuales el hombre de la era atómica intenta

llegar a un punto más allá de sí mismo. Y finalmente hemos visto que para el cristiano, el hombre Jesús ha dejado muy claro que estos dos caminos no constituyen una contradicción, sino que son, de hecho, las dos caras de la misma moneda: la de la experiencia trascendente.

Supongo que dudaréis a la hora de consideraros a vosotros mismos como místicos o revolucionarios, pero si tenéis ojos para ver y oídos para oír, los reconoceréis en medio de vosotros. A veces se nos hace absolutamente evidente, hasta el punto de producirnos irritación. En cambio otras veces, sólo es parcialmente visible. Le encontraréis en los ojos del guerrillero, del joven radical o del chico que mantiene enhiesta la pancarta de un piquete. Lo reconoceréis en el soñador tranquilo que toca su guitarra en un rincón de un café, en la voz apacible de un monje, en la sonrisa melancólica de un estudiante concentrado en su lectura. Lo veréis en la madre que permite a su hijo emprender su propio camino —un hecho siempre difícil para los dos—, en el padre que lee a su hijo algo que ha sacado de un libro raro, en la risa franca de una chica joven, en la indignación de un señor y en la decidida actitud de un Pantera Negra.

Lo encontraréis en vuestra propia ciudad, en vuestra familia e incluso en las luchas de vuestro propio corazón, porque está en todo hombre que extrae su fuerza de la visión que aparece en el horizonte de su vida y le lleva a un nuevo mundo.

Este nuevo mundo llena nuestros sueños, guía nuestras acciones y nos obliga a seguir adelante, con gran riesgo, con la convicción creciente de que un día el hombre será libre, ilibre para amar!

DESPUÉS DE TANTOS INTENTOS DE ANALIZAR DE FORMA COHERENTE LAS DIFICULTADES DEL HOMBRE MODERNO, ES DE MÁXIMA IMPORTANCIA HACER LO MISMO CON LAS DIFICULTADES DEL MINISTRO. SITUADO EN EL CORAZÓN DE LA COMUNIDAD CRISTIANA, EL MINISTRO ESTÁ LLAMADO A RECONOCER LOS SUFRIMIENTOS DE SU TIEMPO EN SU PROPIO CORAZÓN Y A HACER DE ESE CONOCIMIENTO EL PUNTO DE PARTIDA DE SU PROPIO SERVICIO. LEJOS DE RESQUEBRAJAR SU AUTORIDAD, EL RECONOCIMIENTO DEL PROPIO CORAZÓN HERIDO PROPORCIONA AL SERVICIO MINISTERIAL EL GRADO DE AUTENTICIDAD NECESARIA EN COMUNIÓN CON SUS HERMANOS DE COMUNIDAD.

HENRI J. M. NOUWEN (1932-1996) NACIÓ EN LOS PAÍSES BAJOS, DONDE SE ORDENÓ SACERDOTE. ENSEÑÓ EN DIVERSAS UNIVERSIDADES NORTEAMERICANAS. MÁS TARDE SE TRASLADÓ A LA COMUNIDAD DE EL ARCA EN DAYBREAK (TORONTO). A TRAVÉS DE SUS MÁS DE VEINTE TÍTULOS PUBLICADOS SE HA CONVERTIDO EN UN IMPORTANTE ESCRITOR DE ESPIRITUALIDAD. OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR EN ESTA COLECCIÓN: EN EL NOMBRE DE JESÚS, EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO, «TÚ ERES MI AMADO», «¿PUEDES BEBER ESTE CÁLIZ?», LA VOZ INTERIOR DEL AMOR, ADAM, EL AMADO DE DIOS Y DIARIO DEL ÚLTIMO AÑO DE VIDA DE HENRI NOUWEN.



SAUCE • 43